

SiLenciOSA. implacABLE. OCULTA. UNe.

LANGOS CAMPOS



ILUSTRADO POR TOMAS HIJO

ASFIXIA. NUTRE. ENVENENA. ESENCIA.





# LOS CAMINOS DE LA SANGRE

LLANOS Y CAMPOS



ILUSTRADO POR TOMÁS HIJO





**fundación sm**

**La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.**

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **[www.fundacion-sm.org](http://www.fundacion-sm.org)**

## LITERATURASM•COM

Primera edición: marzo de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Xohana Bastida  
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Llanos Campos, 2019  
© de las ilustraciones: Tomás Hijo, 2019  
© Ediciones SM, 2019  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-9182-649-1  
Depósito legal: M-3394-2019  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mi padre.  
Te hubiera encantado todo esto, Vicente.*



## CAPÍTULO VEINTE



Desde ahora, tú eres Rende y yo seré Numa –le dijo bajito, sin soltarlo de la mano–. Recuérdalo, es importante. Y por favor, no llores más. Lo que ha ocurrido nadie puede ya remediarlo, pero te prometo que siempre estaré a tu lado. Siempre. Ahora, deja que hable yo.

Abrazó a Rende y los dejó acercarse.

Eran quince hombres a caballo. Y todos iban armados.

La partida había salido del castillo temprano, con los primeros reflejos del alba. Acompañaban al monarca unos cuantos nobles de su corte, dos criados y dos hombres de su guardia personal.

Hacía mucho tiempo que el rey no disfrutaba de la caza. Alguna vez, incluso, ante un ciervo de muchas puntas o un jabalí que hozaba la tierra tranquilo, había hecho ruido para espantar la pieza de la trayectoria de las flechas. Desde aquel día, tiempo atrás, en que se cobró su mayor presa (la Bestia más temible, la más sanguinaria), matar había adquirido un cariz diferente, como si ya ninguna otra cosa pudiera justificarlo. No debía pensar en nada de aquello. Todo eso daba leña al fuego que dormitaba en su interior y que había conseguido controlar hasta reducirlo a brasas, pero que podía convertirse en incendio con alarmante facilidad.

Pero estos paseos al aire libre reconfortaban el espíritu del rey, así que se limitaba a cabalgar junto a sus hombres, a contemplar el cielo, los prados, los árboles... Y a fingir que lo que quería era cazar.

Volvían ese día tranquilos, al paso, bajo el sol de la tarde. No habían abatido más que unas cuantas liebres, pero la jornada había sido agradable, la conversación amena y el día cálido. Suficiente para el rey.

Y al enfilar la curva que bajaba al río, los vieron.

En medio del camino, un niño y una niña cubiertos de sangre se abrazaban. El pequeño, que no debía tener más de siete u ocho años, lloraba desconsoladamente, y la niña, de similar edad, le acariciaba la cabeza mientras trataba de consolarlo.

Los caballos se detuvieron a unos pasos de ellos. La niña miraba a los hombres fijamente, con su pelo negro recogido en una trenza larguísima y unos ojos enormes y verdes. El niño escondía la cara en el pecho de ella que, aunque era algo más baja que él, lo apretaba entre sus brazos como si intentara protegerlo.

Tras unos instantes de estupefacción, cuatro hombres finalmente descabalaron, con el rey a la cabeza. Aún con el asombro estampado en sus caras, rodearon a los dos pequeños. La niña los miraba desde abajo, serena, firme, sin asomo de temor, mientras el niño temblaba.

El monarca dio un paso hacia ellos. Era un hombre alto, fuerte, rubio, de pelo anillado y ojos azules. Vestía una casaca verde y dorada y unas calzas de cuero marrón. Bordada en el pecho llevaba una corona de oro con un rubí de sangre.

—¿Estáis heridos?—preguntó. Le pareció que su tono había sido demasiado brusco, así que suavizó la voz—. No temáis nada—miró alrededor—. ¿De dónde salís vosotros? ¿Y vuestros padres?

La pequeña tardó unos segundos en contestar, mientras sus ojos verdes se volvían turbios por las lágrimas.



–Han muerto –dijo con voz triste y dulce como el néctar–. Unos asaltantes los mataron. También a... nuestro hermano mayor.

Al oír esto, el niño lloró más fuerte y ella lo abrazó más fuerte también. El rey, conmovido, posó una rodilla en tierra y acarició la cabeza del pequeño.

–Decidme dónde ha sido y yo les daré caza –dijo con calma–. Lo prometo.

–Ha sido muchas leguas al norte –respondió ella sin urgencia–; llevamos días andando. No los encontraríais... Y aunque lo hicierais, nadie nos devolverá lo que hemos perdido.

–Son estos días aciagos –intervino desde su caballo Ferén, cortesano del rey, con fingida emoción–. Las gentes sufren; es el signo de los tiempos. Pero estos críos parecen fuertes, y al parecer han sabido buscarse el sustento en vuestros ricos bosques.

Entonces, la pequeña tocó delicadamente el broche que sujetaba la capa del monarca. Era un óvalo de madera policromada con el busto de una mujer morena y sonriente.

–Era muy hermosa... –susurró la niña mientras acariciaba la pintura–. Vuestra madre, digo. Y aquí era feliz. Sí... Lo fue.

Nadie más pudo escucharla: solo el rey Famir, que se asombró sin poder zafarse de los ojos verdes y ahora iridiscentes de la pequeña. El monarca se puso de nuevo en pie, extrañado por las palabras de aquella niña, mientras cubría con su mano el retrato de Jarne que cerraba el cuello de su capa.

–¿Cómo os llamáis? –preguntó Bandramés, uno de los soldados de la guardia personal del rey, tratando de tranquilizar a los niños.

–Díselo tú, anda –respondió la pequeña, y apartó la cara del niño de su pecho–. Dile a este caballero nuestros nombres.

El pequeño era moreno, de cara redonda y ojos grandes. Sin dejar de llorar, miró al soldado, luego a Famir, y dijo:

–Yo soy... Rende. Y ella es mi hermana Numa.

Luego se quedó de pie junto a la niña, con la vista fija en el suelo; sus hombros aún se sacudían con los espasmos del llanto, pero no volvió a abrazarse a ella. Intentando parecer fuerte, le dio la mano a su hermana y se limpió la cara con la manga de su camisola. Ella lo miraba con tristeza y le apartaba de los ojos el pelo lleno de sangre seca.

–Dejémosles algo de agua, pobres criaturas –intervino de nuevo Ferén, impostando la preocupación–. Si seguís hacia el suroeste, llegaréis a Maren –les indicó a los niños–. Allí seguramente habrá alguien que necesite cuatro manos para el ganado o la casa.

Tarfo, el otro guardia personal del rey, miró con asco al cortesano, pero no osó decir nada.

–Vendrán con nosotros –resolvió tajante Famir, y subió a su caballo–. Tarfo, lleva al pequeño, y que la niña monte con Bandramés.

Este condujo a Rende hasta el caballo del otro guardia real. El niño dudó un momento, pero su hermana asintió con la cabeza y él subió a la grupa del animal. Entonces, Bandramés se acercó a la niña; sin embargo, ella le sonrió, se dirigió adonde estaba el rey y le tendió una mano para subir con él a su caballo. Famir dudó un instante, pero después la ayudó a montar y la colocó delante de él en la silla.

La pequeña iba erguida, agarrada a las crines del caballo, y Famir miraba su nuca intentando discernir si lo que había dicho sobre su madre podía ser una rara casualidad.

Al llegar al castillo, y en cuanto desmontaron, el rey mandó atender a los pequeños. Varias doncellas los lavaron y cambiaron sus harapos por ropa limpia más o menos de su medida. A Rende le pusieron unas calzas y un jubón verdes que le estaban algo grandes. La niña no quiso ninguno de los vestidos que le ofrecieron, así que finalmente eligió una camisola blanca y unas calzas rojas. Cuando estuvieron

arreglados, la cocinera les dio de cenar, aunque los dos comieron más bien poco. Sobre todo el niño, que estaba tan triste que a las criadas se les partía el corazón.

En las cocinas les acomodaron un lugar caliente para dormir. Pronto, el ajetreo de mozos y cocineras dejó paso al crepitar del fuego.

Y esa misma noche, mientras todos dormían, Numa se levantó en silencio. Descalza, recorrió los solitarios pasillos, atravesó el patio y, sin que nadie la viera, cruzó las puertas. Así salió del castillo y se internó sola en la oscuridad.

Regresó mucho antes de amanecer. Cuando entró de nuevo en la cocina vio que, en el jergón junto a la lumbre, Rende temblaba como una hoja en la tormenta, zarandeado por pesadillas que tensaban sus músculos y aceleraban su respiración. Numa se quedó un momento de pie a su lado y lo vio sufrir también en sueños, lo que le pareció demasiado. Se tumbó de nuevo junto a él y, aunque había prometido no hacerlo, puso sus manos sobre la espalda del niño que, de inmediato y sin despertarse, suspiró profundamente y se calmó.

–Yo cuidaré de ti –le susurró ella en la oscuridad–. No estás solo.

Y el resto de la noche, Rende durmió tranquilo.

A la mañana siguiente, el ruido del trajín en las cocinas los despertó a los dos. Olía a leche con miel, a pan de centeno y a manzanilla. El niño se levantó como si saliera de un sueño de muchos días, cansado pero tranquilo. A su lado, Numa le sonreía con dulzura sentada en el jergón.

Después de desayunar abundantemente ambos, la niña tomó a su hermano de la mano y juntos subieron hacia los amplios corredores del castillo cadano.

–La cocina no es nuestro lugar –dijo ella, resuelta–. Es junto al rey donde debemos estar.

–Este rey no querrá dos críos como soldados, niña –replicó Rende.

–No seremos soldados –repuso ella casi riendo–. Pero estaremos a su lado, ya lo verás. Ese es el plan. Y llámame Numa, recuérdalo.

Caminaron un rato entre criados, cortesanos y damas que, atareados de aquí para allá e inmersos en sus propios asuntos, no parecían verlos. Rende, que jamás había estado en un lugar igual, miraba a todas partes con la boca abierta. Tampoco Numa conocía otro sitio como aquel, pero ella era menos impresionable... O su cabeza estaba ocupada en otras cosas.

Finalmente se toparon con el rey, que se dirigía con dos cortesanos a la sala del trono. Al verlo, los niños se detuvieron. Famir los miró un momento con el ceño fruncido, pero enseguida sonrió amablemente y dio un par de pasos hacia ellos.

–¡Vaya! –dijo–. Tenéis mucho mejor aspecto que ayer.

–Sí –respondió Numa–. Gracias por la comida y la ropa.

–Ahora, pequeños –continuó el monarca mientras se volvía para seguir su camino–, que la cocinera os dé algo que hacer, si el ocio os aburre.

–Es que... –lo detuvo la niña–. Queríamos que nos enseñarais el castillo. Nunca habíamos visto un lugar tan magnífico, y sentimos mucha curiosidad.

–¿Que yo os...? –se extrañó Famir.

Volvió sobre sus pasos y se agachó junto a los pequeños. Rende lo observaba casi con miedo, pero ella le sostenía la mirada con una templanza y una seguridad que hizo sonreír de nuevo al rey.

–Bien –aceptó Famir–, podéis acompañarme y así veréis el salón del trono. Es la sala más grande del castillo.

–Pero majestad –intervino el cortesano Ternos–, hemos de despachar algunos temas importantes y no creo...

–Deja que vengan –sentenció el monarca echando a andar–. Y veremos a qué llamas tú importante; te recuerdo que ese asunto ya quedó zanjado.

Ternos y Ferén lo siguieron hasta el salón. Detrás de ellos entraron los dos niños, que miraron sobrecogidos aquella enorme estancia. El suelo, con sus baldosas de mármol blancas y negras, y el trono, tallado también en mármol blanco y elevado sobre un estrado tan ancho como la propia sala, brillaban con el sol de la mañana que entraba por el ventanal de oriente.

El rey se sentó en el trono y sus dos cortesanos se colocaron junto él. Ferén comenzó a hablar de algo que apenas se oía como un murmullo en la inmensa estancia, pero Famir no parecía interesado: miraba al suelo, con la barbilla apoyada en su mano derecha y el codo sobre el blanco brazo del trono.

Pasados unos minutos de soporífera palabrería, el rey elevó la vista y algo llamó su atención. Mientras el niño paseaba por la sala, maravillado por los tapices y el brillo del mármol, la niña estaba de pie, quieta en un rincón de la sala, de espaldas a él y con los puños cerrados. Justo en ese lugar, una mancha oscura sobre el mármol del suelo era el único recuerdo de un día terrible, hacía ya más de siete años... Nadie había vuelto a mencionarlo en el castillo cadano.

Famir trató de prestar atención a la interminable perorata de Ferén, intentando alejar de su cabeza recuerdos que ennegrecían su alma. Pero entonces, la niña se giró para mirarlo. Su cara blanca estaba llena de lágrimas, y sus ojos verdes destilaban un dolor que apenas cabía en un recipiente tan pequeño. La pequeña comenzó a temblar, cruzó los puños sobre su estómago y comenzó a doblarse como si alguien estuviera desgarrándole el vientre.

El rey se puso en pie sin dejar de mirarla. Ignorando el parloteo del cortesano, bajó del estrado y se acercó a ella despacio. La niña parecía ir a derrumbarse en cualquier momento, atacada por algo invisible pero aterrador. Cuando Famir llegó junto a ella, la pequeña se agarró a sus ropas para no caer. Él se agachó mientras la sujetaba por un brazo para sostenerla en pie.

Ese contacto provocó que ella se abrazase al cuello de Famir, buscando aire para sus pulmones con estertores que sacudían su pequeño cuerpo. Él, extrañado, le puso una mano en la espalda.

–¿Qué te ocurre, pequeña? –dijo él con voz suave–. Aquí no tienes nada que temer...

–¡Es...! –lo interrumpió ella apenas con un hilo de voz–. Yo... Yo no puedo... ¡Por favor, levántame del suelo!

Sin saber qué hacer, él se puso en pie con la niña en brazos. Entonces ella tomó una bocanada de aire, como si saliera del fondo del mar, y respiró profundamente apoyada en el hombro del rey.

Famir miró al suelo y volvió a verlo nítidamente. A sus pies, pero más de siete años atrás, el cadáver de su padre se desangraba sobre el negro y el blanco, con los ojos aún abiertos y la cara desfigurada por los golpes. Esa fue la muerte que cerró su otra vida, la de las mentiras, la del dolor; la de las lágrimas de sangre de su madre, los zarzapos de la Bestia, las tumbas tapiadas y los cerrojos en las puertas.

Y, sin embargo, era imposible que aquella cría supiera lo que había ocurrido en ese preciso lugar, en apenas seis de los centenares de baldosas del pavimento que pisaban. Sin soltarla, se acercó de nuevo hacia el trono. Los dos cortesanos habían dejado de hablar y se miraban, molestos por la interrupción.

Rende se acercó a ellos, preocupado.

–Dejad que me la lleve de aquí –le dijo el niño al rey extendiendo una mano–. Yo sabré calmarla. Es por... lo de nuestros padres. A veces vuelven. Ya sabéis, los recuerdos.

El rey dejó despacio en el suelo a la niña, que aún jadeaba. Su mirada se cruzó un instante con la de ella, y Famir no pudo recordar otra igual: profunda, brillante, llena de mil cosas que parecían salir desde el interior del cuerpo de la pequeña a través de sus ojos de intenso verde.

Rende tomó de la mano a su hermana y salió con ella del salón.

El rey los miró marcharse con una sensación extraña.

¿Otra casualidad? Su corazón le decía que no.

Pero eso no era posible...

Fuera ya de la estancia, Rende pasó un brazo por los hombros de su hermana, que caminaba exhausta, y la ayudó a llegar hasta las cocinas.

—Creo que tendrás que hacerlo mejor —le dijo—. Si te comportas así, nadie creerá que solo eres una niña.